

Primer capítulo:

TITA Y LOS MONSTRUOS

Don Jesús, el profe de Ciencias Naturales, hablaba y no callaba y, cuando hablaba, abría una boca desmesurada que servía de alojamiento a una hilera de dientes desiguales. Tita miraba hipnotizada el agujero móvil de los labios por el que salía el borbotón de palabras rozando los dientes amenazantes.

–Los reptiles ponen huevos con cáscara y su piel está cubierta de escamas óseas... Son los animales actuales que más se parecen a los antiguos dinosaurios...

Lisabet Tita tenía en casa un libro de dinosaurios. Los dinosaurios se clasificaban en dinosaurios con cadera similar a las aves: el Triceratops, el Iguanodon, el Stegosaurus; y en dinosaurios con cadera de lagarto: el Diplodocus, el Tiranosaurio Rex.

Si don Jesús fuera un dinosaurio le correspondería ser, naturalmente, el Tiranosaurio Rex. El Tiranosaurio era un carnívoro feroz que aterrorizaba a sus víctimas con ataques por sorpresa. ¡Por algo su nombre significaba “el rey de los reptiles tiranos”! Era capaz de arremeter contra cualquier otro animal a 32 kilómetros por hora, con las mandíbulas abiertas, para hundir en él sus mortíferos dientes y arrancarle trozos enteros de carne... La boca de don Jesús resultaba inconfundible, con esa cantidad exagerada de dientes desordenados, como los del Tiranosaurio... Las patitas delanteras del Tiranosaurio eran pequeñas y ridículas. Don Jesús, con la tiza en una mano y el borrador en la otra, también movía sus patitas de una forma peculiar... Aunque lo que resultaba más estrambótico eran, indudablemente, los dientes enormes. Cada diente del Tiranosaurio podía alcanzar 18 centímetros de largo y tenía un borde afilado, serrado como un cuchillo de cocina. Ver acercarse esa boca gigante podía resultar terrorífico... Sin embargo, el Tiranosaurio tenía un defecto: tardaba algunos segundos hasta conseguir girar sobre sí mismo para darse la vuelta, tiempo precioso que sus adversarios podrían utilizar para atacar o para huir. Ahora mismo estaba vuelto de cara a la pizarra, lo cual proporcionaba a Lisabet la posibilidad de ensayar una carrera frenética hacia la puerta.

Fue todo muy sencillo: antes de que el Tiranosaurio terminara de torcer el cuello para buscarla, ella ya se había dejado caer por la ladera de hierba hasta alcanzar el grupo de árboles donde comenzaba la selva. ¿Qué sería mejor: seguir corriendo o bien ocultarse entre el follaje? Probablemente, lo más prudente sería alejarse. Seguro que, si salía en su busca, el Tiranosaurio se cruzaría con otras presas más apetecibles.

Tita se deslizaba entre los árboles como una serpiente sinuosa: durante su vida en la selva había aprendido a procurar alimentos y a evitar los peligros como método de supervivencia y, ya sin tener que proponérselo, era capaz de cruzar enormes extensiones sin que su presencia alertase a los otros habitantes de verde universo jurásico. ¡Qué emocionante resultaba salir indemne de todos los peligros! ¡Qué vida heroica la del que sabe siempre escapar de los monstruos primitivos!

Ella siguió corriendo entre los árboles altísimos procurando no alterar el silencio de la selva con sus leves pisadas. Por fin llegó a un pequeño claro donde decidió descansar: un ligero arroyo discurría entre las raíces de los grandes árboles y parecía formar una especie de camino. Miró hacia arriba: unos pájaros extraños cantaban un himno antiquísimo. Al frente, más allá de la cortina de hojas, los chasquidos de las pequeñas ramas delataban a algún animal salvaje que se movía entre la maleza. Pero... ¿qué eran esas huellas recientes junto al agua? ¡Oh, no! ¡No era posible! ¡Sería demasiado terrible! ¡Parecía la huella enorme de un Tiranosaurio! ¿Podría el dinosaurio haber avanzado más de lo que ella suponía? A lo mejor ella misma, dando la vuelta, había encontrado el rastro de un animal que siempre se desplaza en línea recta y tenía a su enemigo precisamente delante de sus propias narices...

Pero no había que perder los nervios ni precipitarse... Lisabet Tita, con todos los sentidos alerta, se detuvo a meditar sobre la forma más segura de escapar a las mandíbulas temibles del Tiranosaurio. No consentiría que él hundiera en su cuerpo sus mortíferos dientes arrancándole trozos enteros de carne... ..

—A ver, a ver, sólo otro ejemplo de la familia de los reptiles... —la boca terrible de don Jesús, repleta de dientes, apareció de improviso ante los ojos extrañados de la niña.

–Otro ejemplo... –dijo ella para ganar tiempo mientras la selva se desvanecía y la figura del maestro, que agitaba impaciente los brazos, se materializaba desde la sombra del dinosaurio.

–La lagartija y el cocodrilo ya están dichos... –añadió don Jesús con un tonillo de burla impertinente.

–¿Un reptil? ¿Otro ejemplo? –gritó Tita ensayando algún modo de supervivencia frente al acoso del terrible animal– ¡El Tiranosaurio Rex!

A don Jesús no le hizo ninguna gracia, pero el resto de sus compañeros de clase estuvieron riendo hasta el recreo.